

DÍAS FELICES EN EL INFIERNO



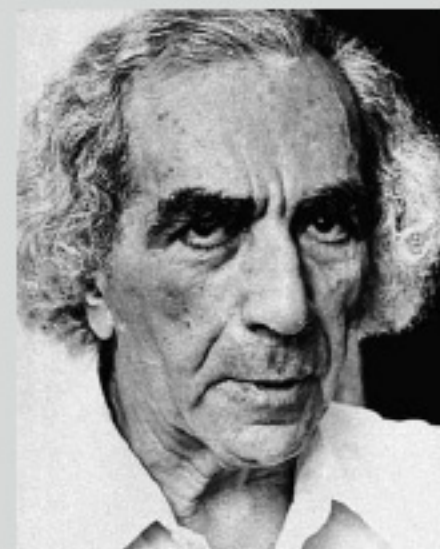
György Faludy

DÍAS FELICES EN EL INFIERNO

My happy days in hell

Traducción de Alfonso Martínez Galilea

Pepitas de Calabaza y Fulgencio Pimentel, 2014



György Faludy

Desde que uno se enfrasca en la lectura de *Días felices en el infierno*, uno no puede abandonar la sensación de que György Faludy es uno de los nuestros, y si no lo fuere no es por culpa de Faludy, sino porque uno mismo no es lo suficientemente de los nuestros o, al menos, tan de los nuestros como a uno le gustaría ser. Pero, no nos engañemos. Ser de los nuestros no tiene que ver con pertenencia o con identidad. Nada tiene que ver con credo (o ideología que viene a ser lo mismo), patria o equipo de fútbol, con cultura o estado social. Faludy es uno de los nuestros porque, aún en los tiempos más jodidos, aún en un pretendido exilio permanente, intenta y consigue ser uno de los hombres más felices de nuestro tiempo. Un hombre feliz que comprueba como los ejes del pensamiento clásico se desplazan hasta convertir el dislate en razón y modelo, y el mundo en una catástrofe ética. Una catástrofe moral en la que la única forma de vida posible (al menos de vida digna de llevar orgullosa ese nombre) es la resistencia. No una resistencia física, armada o "popular", sino una resistencia del pensamiento, de la lengua, de la filosofía. Una resistencia intelectual que no acepte nunca como cierta ni una sola de las "verdades" de la tiranía, ni una sola de sus justificaciones. Podrás matarme, pero nunca convencirme. Me obligarás a que cumpla tus normas, pero nunca a respetarlas. Colonizarás mi cuerpo, pero nunca mi pensamiento. Hace medio año, no había oído nunca hablar de György Faludy (Budapest, 1910-2006), uno de los poetas más importantes y controvertidos de Hungría en el siglo XX. No es algo

extraño. Hasta que, en noviembre de 2014, las editoriales logroñesas *Pepitas de Calabaza* y *Fulgencio Pimentel* se con-fabularon para publicar sus memorias *Días felices en el infierno*, la poesía Faludy solo estaba reflejada en castellano en un par de artículos en revistas especializadas.

Días felices en el infierno es la primera parte de las memorias de Faludy. Ocupa sus vivencias y reflexiones entre su huida, en 1938, de la Hungría de la seudodemocracia semifascista del *Almirante Horthy*, hasta el desmantelamiento, nada más morir *Stalin* en 1953, del campo de trabajos forzados de *Recsk*, donde había sido internado en 1949.

En cinco libros, que cada uno tendría gran valor por separado, el poeta recorre su vagabundeo por París hasta la ocupación nazi, su periplo en el Marruecos francés de la II Guerra Mundial, que concluye con su viaje a Estados Unidos en 1941 en un barco de refugiados, donde se alistará en el ejército. El retorno, tras la guerra, a la democracia popular húngara tutelada por el ejército soviético, su detención y proceso, y la estancia en el campo de trabajos forzados de *Recsk*.

La actitud vitalista, desinhibida e irónica, con las que el autor relata las situaciones más deprimentes, convierten el valioso testimonio del testigo del exilio y el "socialismo real" y la crónica documental del gulag, en una obra literaria sin parangón, en una suerte de festejo de la vida como aventura intelectual. Las memorias de Faludy, publicadas por vez primera en inglés en 1962, suponen la primera experiencia de la lla-

mada *Literatura del Gulag*, el testimonio de los campos de trabajos forzados, "la edición en miniatura -escribe Faludy- de la sociedad comunista del futuro. (...) Igualmente el comunismo colapsará ahí fuera sin alcanzar su realización, pero nosotros, sus contemporáneos, habremos muerto todos antes de que se derrumbe. En el campo, como afuera, las autoridades no se preocupan de la producción. Nos hacen trabajar para tenernos ocupados y para transformarnos en criaturas miserables, desfallecidas y mentalmente degeneradas. Aquí lo hacen más abiertamente, con mayor violencia, más rápidamente que en el exterior. Fuera, todavía toleran que un hombre tenga una familia, un apartamento y dos trajes. Aquí casi se ha realizado el comunismo, y ya no tenemos necesidad de pañuelos, de libros, de periódicos ni de relojes. Se nos ha quitado incluso el derecho de propagar rumores, porque hasta la acción subversiva es monopolio del Estado, como en el libro de Orwell. Al telón de acero lo sustituye aquí la cerca de alambre de púas, pero dentro de ella el poder monolítico no tiene necesidad de temer a la competencia occidental. Así que aquí pueden mandar la cultura, la ciencia y la propaganda al basurero sin necesidad de hacer ningún esfuerzo para ganarnos para el comunismo. En el exterior, solo se llegará a esta etapa si el comunismo logra una completa victoria en el mundo entero". Un libro imprescindible.